

CULTURA

Viaje a la gran biblioteca de Babel

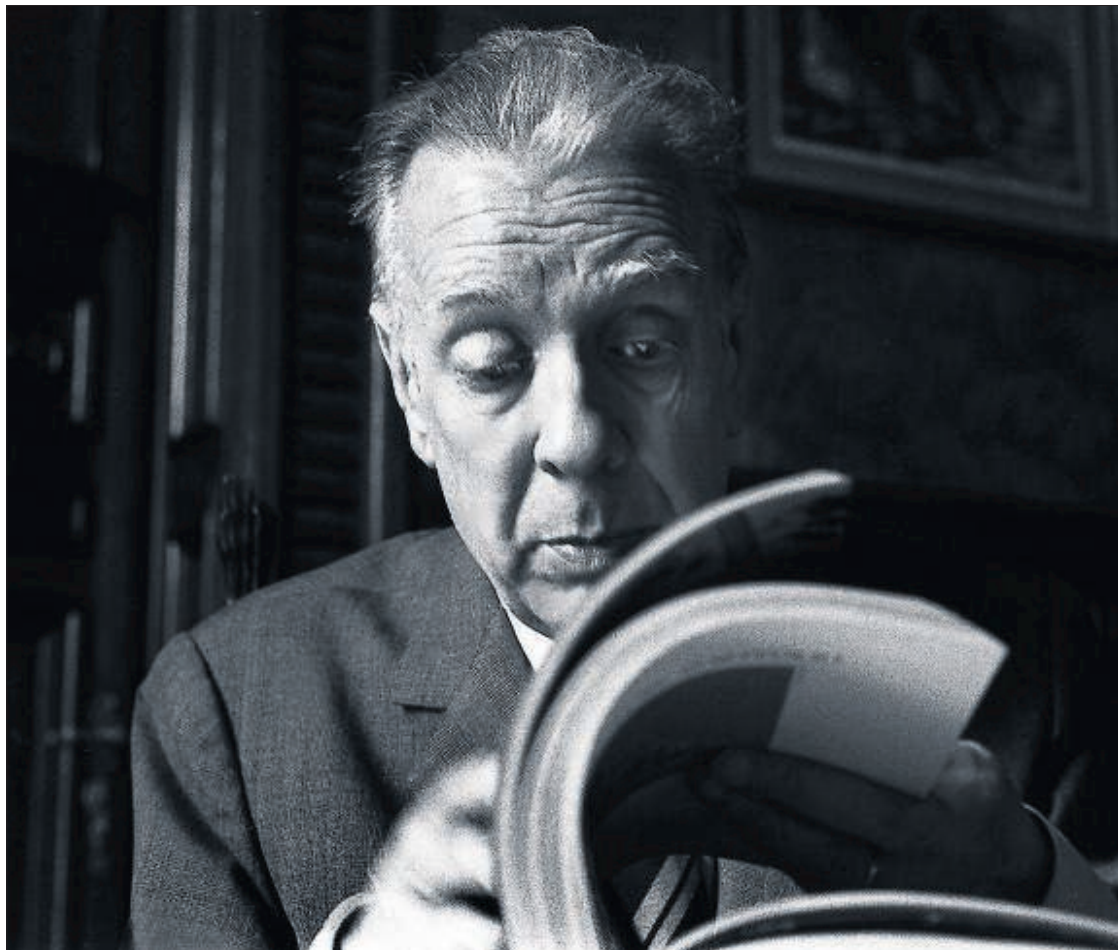
Un volumen muestra por primera vez reproducciones de los libros más queridos de Jorge Luis Borges, con sus anotaciones personales. Para él, la lectura era “una forma adelantada de felicidad”

JACINTO ANTÓN, **Barcelona**
Es una maravillosa primera edición en inglés de *Los siete pilares de la sabiduría*, de T. E. Lawrence. En la portada, Lawrence de Arabia con dos sables cruzados. El volumen incluye mapas con los ataques al ferrocarril de Damasco. Y, sobre todo, unas notas escritas a mano en letra pequeña, en castellano e inglés, en las hojas de respeto en blanco (por ejemplo: “Había una certidumbre en la degradación” o “una vindicación del fracaso”). El propietario del libro era Jorge Luis Borges y las notas —comentarios y frases que le impactaron de la lectura, en 1939 en Buenos Aires, según consta— son suyas.

El encuentro del autor de *Aleph* y el conquistador de Akaba (Borges admiraba a Lawrence aunque también le ponía celoso que a María Kodama le gustara tanto Peter O’Toole en la película y le subrayaba a ella que tanto el actor como el aventurero eran bajitos, “y a usted le gustan altos, María”) es solo una de las muchas emociones que procura *La biblioteca de Borges* (Paripé Books), un libro de Fernando Flores Maio con fotografías de Javier Agustín Rojas que presenta una selección de los libros de cabecera del gran bibliotecario de Babel.

Ahí están también, asimismo con notas, *The Life of Oscar Wilde*, de Hesketh Pearson; un ejemplar de la Biblia de Cambridge en cuyas guardas Borges anotó en 1941: “En el principio Dios fue los dioses (Elohim)”; las obras escogidas de Cocteau, *The Kabbalah Unveiled*, de MacGregor Mathers, el *I Ching*, el Corán, la *Bhagavad Gita*, y la poderosa edición de *The Tibetan Book of the Dead* del gran pionero estadounidense de los estudios de budismo tibetano W. Y. Evans-Wentz. *Paradise Lost*, de Milton, tiene una significación especial: ambos, Milton y Borges perdieron la vista. En el caso de Borges, muy progresivamente.

La biblioteca de Borges. Debajo, *Los siete pilares de la sabiduría*, de T. E. Lawrence, y a la derecha *The Works*, de Thomas Browne. / JAVIER AGUSTÍN ROJAS



Jorge Luis Borges, en una imagen sin datar del libro *La biblioteca de Borges*. / PARIPÉ BOOKS

Una relación intensa pese a la ceguera

La relación de Borges con sus libros, recuerda Kodama, era muy física. “Los cuidaba mucho, le encantaba tocarlos, olerlos. Acariciar las encuadernaciones”. La ceguera debió ser un trance. “No, no había frustración. Jamás escuché de él una queja. Siguió teniendo una relación con sus libros. Sabía dónde estaba cada uno y los enviaba a buscar. Continuó siendo una relación muy intensa”.

“Que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir, yo me jacto de aquellos que me fue dado leer”, decía Borges. Para él, que añadía con modestia que no sabía si era un buen escritor pero creía ser “un excelente lector, o en todo caso un sensible y agradecido lector”, el libro era “el más asombroso de los instrumentos del hombre” y la lectura, “una forma adelantada de felicidad”. Acordaba con Emerson que una biblioteca es una especie de gabinete mágico en el que están encantados los mejores espíritus de la humanidad, que nos esperan para salir de su mudez.

Sin embargo, su biblioteca personal no era muy conocida.

“En realidad, la idea del libro”, explica Patricio Binaghi, el editor de Paripé Books, “surgió un día que en un almuerzo organizado por Flores Maio [quien ha escrito el texto y seleccionado los libros] estaba María Kodama y le pregunté sobre el mito de que Borges no tenía biblioteca personal porque se dejaba los libros en sitios o los regalaba. Y ella me dijo que no era así, que su biblioteca particular estaba en la fundación Borges que ella preside. Y les propuse a Flores Maio y a Kodama hacer el libro. Durante meses fuimos semanalmente a la fundación a fotografiar el material. Es un libro más de imágenes que de textos, en el que los libros y las anotaciones de Borges son los protagonistas”. Los libros reproducidos constituyen menos de un 5% del fondo que conserva la fundación.

Flores Maio destaca que en la biblioteca personal de Borges,

compuesta en gran parte de libros en inglés (el escritor era bilingüe desde niño), muchos de ellos heredados de su padre y que provenían ya de la casa de su abuela inglesa, figuran sobre todo obras que tratan de filosofía y religión. Admiraba mucho a Spinoza, en quien vislumbraba algo vastísimo y misterioso. Pero en la selección hay también obras de Wilde (“ninguno más encantador”, decía Borges), Cocteau (como Wilde, “un hombre inteligente que jugaba a ser frívolo”) o Stevenson.

Divina comedia era uno de los libros de cabecera de Borges. Le interesaba sobre todo la historia de los dos amantes réprobos, Paolo y Francesca, que sin embargo pese a lo horrible de su condena, pueden estar juntos.

Una idea “muy linda”

A María Kodama le parece “muy linda” la idea del libro de libros de Borges. “Hay ahí autores que le gustaban y recomendaba, y su personalidad se refleja en las notas, que hacía cuando aún veía”, explica telefónicamente desde Buenos Aires.

Entre los autores que gozaba estaba Robert Graves, “diversamente admirable”, decía Borges, por los mitos griegos o *La diosa blanca*. Kodama cuenta cómo lo fueron a ver a Deia. “Fue maravilloso, Graves ya estaba mal y todos nos decían que tenía la cabeza perdida, pero Borges insistió. Pasamos al *living* y ahí estaba Graves en un sillón como un dios y la gente sentada en el suelo de forma que parecían adorarlo. Le tendimos la mano. Estrechó la de Borges pero a mí me la besó, por lo que sabía, recalco Borges, que éramos un hombre y una mujer: tenía aún comprensión de la realidad”. Salieron de allí “traspasados de una emoción sin nombre”.

¿Tenía algún libro más preciado Borges? “Alguno de Kipling era especial para él, y la *Divina comedia*”.

¿Qué le pareció verse aludido como el bibliotecario asesino Jorge de Burgos por Umberto Eco? “Ah, le divertió mucho. *El nombre de la rosa* le encantó”.

